

París Trejos, de carne y hueso

Luis Germán Sierra J.

Escritor, jubilado de la U. de A., lector activo, german.sierra@udea.edu.co

En 2022 la Universidad Autónoma Latinoamericana (UNAULA —aunque es un acrónimo y todas sus letras, menos la inicial, deberían ser minúsculas, siempre aparece así, con mayúsculas, como si se tratara de una sigla—) publicó, en su Serie Tierra Baldía, la crónica *París Trejos. Memorias de un estafador* de Ricardo Aricapa¹ (Riosucio, Caldas, 1956). Aunque esta es una historia, y dadas sus características de escritura, que se puede definir como crónica (la crónica, normalmente, era publicada por los periódicos con una extensión [extraordinaria] de una página, pero fue desapareciendo paulatinamente, hasta casi extinguirse, trasladándose a las revistas especializadas y a los libros, con una debida extensión, por lo tanto), el libro contiene 491 páginas, algo inusual si pensamos que se trata de una crónica. Es la historia, de principio a fin, de París Trejos, ciudadano colombiano de carne y hueso, y comprende casi todo el siglo veinte, ya que él nace en Riosucio, Caldas, en 1919 y muere allí mismo en 1997. Su infancia y sus padres, su educación y su rebeldía, sus aventuras prematuras y sus éxitos, sus ímpetus y sus derrotas, sus (numerosas) estafas y sus sanos negocios, sus amores y sus odios y desamores, sus amigos y sus enemigos, sus frivolidades y sus sentimientos más serios, sus hijos legítimos y de los otros.

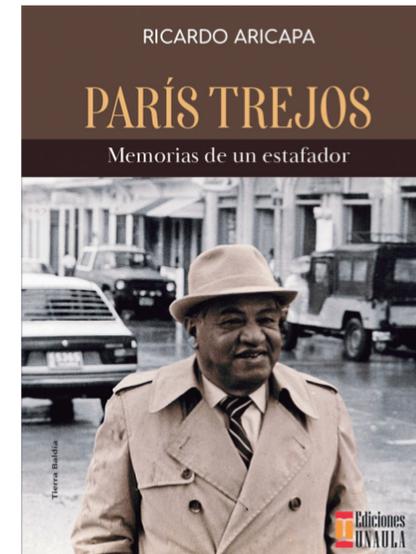
Un bello libro (también como objeto) de buen formato, con una fotografía original del protagonista en la portada laminada, papel fino, cuadernillos cocidos y amplia y cómoda caja tipográfica. Se divide en tres grandes capítulos que el autor denomina “temporadas” que, a su vez, contienen cada uno pequeños capítulos que conforman todo el texto. Todo ello contribuye a una lectura cómoda y lenta, como debe ser.

Este libro también se podría tomar como una novela (una suerte de biografía novelada) por donde andan acontecimientos muy relevantes del país en ese siglo, como la muerte de Carlos Gardel en 1935, el Bogotazo en 1948, la instauración del movimiento revolucionario M-19 en 1970, la muerte de Mamatoco en 1943, y, no menos

importante, el festival de Riosucio (Festival del Diablo), que atraviesa buena parte del libro. Y varias ciudades colombianas: Medellín, Barranquilla, Bogotá, Buga, Cali, Popayán, Ibagué y el propio Riosucio, claro, y aún de otros países, como Los Ángeles en Estados Unidos. Acontecimientos y ciudades que involucran directamente a París Trejos, andariego y rebuscador por antonomasia.

A pesar de que el autor narra pormenorizada y fielmente la vida de París Trejos (conversó con el personaje durante largas horas) y lo hace en una historia no lineal, con idas y venidas, recovecos vitales y físicos, tiene, necesariamente, que recrear algunos pasajes de esa vida. Inventar momentos de esta existencia apasionante y peligrosa. Es decir, aunque el personaje y su vida son reales, hay pasajes de esa vida que, por la fuerza misma de la narración, se hacen imprescindibles, pero donde hay vacíos que tienen que ser llenados con la imaginación del autor. Imposible decir cuáles, pero es totalmente presumible.

Esa invención no le quita el carácter de crónica al muy bien escrito texto. Lo que demuestra, una vez más, que la verdad del periodismo también se alimenta de la imaginación y de la creación. No se puede pretender que una narración que quiere ser real esté exenta de invención. Y esta no le quita el carácter de verdad. Por el contrario. Eso hace, además, que la literatura sea la verdad más creíble, más aún que la misma narración de unos hechos desnudos, carentes de ingenio, carentes de invención. Carentes de lenguaje, el cual es, finalmente, la creación. Por ello, a mi parecer, se habla, con razón, de las verdades de las mentiras. En periodismo, hasta la noticia más escueta, más desnuda de artificios literarios, está hecha de lenguaje. Eso, ya mismo, basta para hablar de imaginación. Toda lengua imagina. De hecho, el narrador utiliza un lenguaje coloquial, gráfico, distinto al lenguaje literario, que es como no hablamos los mortales. “París Trejos cae a La Picota”², por ejemplo, es una expresión de esas, en la que “cae” es una palabra coloquial que reemplaza a “es encarcelado”. Decimos “caigo a



las cinco”, en vez de “estaré en la cita a las cinco”. Otro botón de muestra: “Ahora era el doctor París Trejos, exdiputado, una chapa y una dignidad indelebles, un *bailao* que nadie ya le podía quitar”³. “Chapa” y “bailao” tiene un uso coloquial, no literal ni literario.

El narrador del libro (que lo hace en tercera persona, claro, aunque no es un narrador omnisciente —no piensa por el personaje ni sabe cosas que ni el mismo personaje sabe— y cuando necesita que hable el personaje acude a los diálogos, que maneja muy bien) puede ser el mismo autor, aunque este nunca dice que se propone narrar la vida de París Trejos, tal como haría el periodismo, como hace la crónica. Es en ese sentido que esta historia podría tomarse como una novela. Trabajo para los críticos, sin duda.

Esta definición de la crónica, hecha por la periodista Paula Delgado, me parece que aclara el asunto. Además, es precisa y sencilla, al alcance de cualquiera:

La crónica narra historias a partir de la mirada profunda y detallada del periodista, quien además de realizar una amplia investigación, debe hacer uso de técnicas narrativas y figuras retóricas como descripciones, símiles, personificaciones, metáforas, analogías, etc., logrando sensibilizar al lector acerca de los hechos narrados. La crónica humaniza una noticia, la hace más vívida e intenta involucrar al público en la experiencia del suceso relatado.⁴

Por ello hay autores que prefieren hablar de narrativas periodísticas. Que defienden, a capa y espada, la crónica como una narración verdadera

³ Ibid., 405.

⁴ Paula Delgado, “La crónica”, *Centro de Lectura y Escritura CELEE*, acceso noviembre de 2022, celee.uao.edu.co/la-cronica/

de la realidad, pero sin que esa narración tenga que rendirle pleitesía a la verdad a pies juntillas (que quizás, además, no existe) y pueda apelar al lenguaje literario, a “técnicas narrativas y figuras retóricas como descripciones, símiles, metáforas, analogías, etc.”, como dice Paula Delgado.

“Lo más fácil es lo más difícil”, se suele decir, para hablar llanamente del arte (casi de cualquier asunto en la vida). El mejor arte es el más sencillo. Sencillez quiere decir, en este caso, que “lo entienda cualquiera”, aunque contemple una cierta complejidad. Pero alcanzar esa sencillez cuesta, a veces, una vida.

Ricardo Aricapa es periodista de “mil batallas”. Así lo dice su hoja de vida. Ha sido profesor universitario y ha trabajado en medios de comunicación como Caracol radio, los periódicos *El Mundo* y *El Colombiano*, y la revista *Semana*. En 1986 recibió el Premio Nacional de Periodismo por sus crónicas sobre la cárcel de Bellavista, publicadas en *El Mundo* y que nunca hemos visto en libro (en 1996 José Libardo Porras ganó el Premio Nacional de Literatura con su colección de cuentos *Historias de la cárcel de Bellavista*, también magníficos). Y ha publicado los libros *El libro del agua* (1993), *La persistencia de las ideas. 70 años de la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia* (2004), *Comuna 13. Crónica de una guerra urbana* (2005). Su libro *Medellín es así. Crónicas y reportajes* (1998) es una compilación de crónicas sobre la ciudad publicadas en distintos medios. Con tres ediciones a cuestas es un clásico de la crónica antioqueña.

Allí narra una Medellín que sigue intacta en sus poblaciones y pobladores del común, de los “bajos mundos”, del día a día (también de la noche a noche). Una prueba contundente de que Medellín ha cambiado muy poco, casi nada, pese a las alharacas de sus gobernantes. Y de que este es un magnífico libro donde palpita la ciudad de verdad. (Junto con *El contrasueño. Historias de la vida desechable*, de Carlos Sánchez Ocampo, son dos pequeños clásicos de la literatura antioqueña, libros de texto en varias facultades de periodismo de Medellín y del país).

Por todo ello Ricardo Aricapa es, ante todo, un escritor. Cuidador de las palabras, constituye en buena medida la mejor parte de la crónica en Colombia. Y casi desde el principio de su carrera

de periodista es, ante todo, un magnífico narrador periodístico, para decirlo con un término que me parece muy justo.

París Trejos. Memorias de un estafador, a pesar de ser un texto largo, se lee de un tirón. Un libro que no se puede soltar, una vez comienza la lectura. Cumple con las condiciones imprescindibles de cualquier libro en cualquier género: que esté muy bien escrito, que alcance una difícil sencillez y que sea entretenido. Respeto al lector; lo entretiene largamente con una historia que, a la vez, lo lleva a otros mundos y a momentos históricos del país; lo atrapa sin escapatoria en una narración que nada le queda debiendo al rigor y a la idiosincrasia de los muchos personajes que atraviesan esta historia, Y, quizás lo más importante: es una lectura apasionada y divertida. 📖



Roseberg Sandoval @rosebergsandoval, Mugre UN (2003), Registro Juan Carlos Clavijo



Roseberg Sandoval @rosebergsandoval, Mugre UN (2003), Registro Juan Carlos Clavijo